

LOS ARLEQUINES DE SEDA Y ORO

TRAGICOMEDIA CINEMATOGRAFICA DE LA VIDA SOCIAL DIVIDIDA EN TRES EPOCAS

Creación de la eminente artista

RAQUEL MELLER



20 49X110
Precio 25 Cts.

Miguel Porter - House



EPOCA PRIMERA

EL NIDO DESHECHO

En la vida moderna, la tragedia no tiene máscara. Pasa a nuestro lado insospechada, silenciosa, oculta. Las tragedias intimas que no se manifiestan en sollozos, en gritos epilépticos, son confundidas en el marso río de las muchedumbres. A veces tras la máscara del boato y la magnificencia mundanas, se oculta el dolor de amores fracasados. Al empezar esta historia conocemos a una de estas heroínas de amor-sacrificio: Marta de Montemar. En jardín ciudadano, bajo la turde apacible, Marta de Montemar pasea en un lindo descubierto procurando olvidar su primer amor. Mar-

ta, para salvar de la ruina a su padre, dejó que torcieran su voluntad y dió su mano al millonario Montemar, rompiendo sus relaciones con el militar Alvaro de Valdés.

La caballerosidad de Alvaro comprendió la causa del sacrificio y se resignó en sus dolores. Pero, en el paseo, lejos del imperio de la tarde plácida, Marta y Alvaro cruzan sus miradas. El jardín les envuelve con su magnético influjo. Recuerdan, hablan, se juran promesas. Al despedirse, Marta accede a la petición de Alvaro. Este podrá contar sus cuitas a Marta, enviándole misivas dirigidas a su hermana, la marquesa de Rosicler.

La familia de Rosicler estaba compuesta por el marqués Julio, hombre todo bondad y corazón generoso, su esposa Ana, hermana de Marta, y los herederos Julio y Ana, dos angelitos que eran la gracia, la risa y la alegría del palacio.

El nombre de Rosicler figuraba entre la nobleza como perteneciente a las más viejas ramas de la aristocracia. Cuentan las crónicas que el primer marqués de Rosicler recibió en el cuello una flecha que iba a matar a su Rey. Desde tal hecho, todos los que llevan tal apellido les ponen, al nacer, un tatuaje imitando la cicatriz, origen del nombre de nobleza. Ana y Julio, los herederos, desde que nacieron llevan en el cuello la marca de los Rosicler, que es el orgullo de su raza.

Pasó el tiempo apaciblemente en los hogares de Montemar y Rosicler... El señor de Montemar, aquejado por una dolencia cardíaca, tuvo que retirarse a su castillo de la Montaña. Marta, su esposa, al despedirse de su hermana Ana, le advirtió:

—No olvides las cartas que a tu nombre enviará el capitán Alvaro... Envíamelas secretamente... No me comprometas...

Y Ana, que vela en sus hijos la felicidad completa, adivinó en el porvenir de Marta una nube trágica.

—Mi hermana—pensó, sería feliz si tuviera un heredero.

El destino, ciego, iba urdiendo en torno de la familia de Rosicler una tragedia...

Sucedió que...

...Alvaro de Valdés, llamado por sus deberes militares, tuvo que partir hacia tierras africanas. Como enamorado leal, escribió a su amada estas palabras:

«El deber me obliga a partir. Piensa que siempre estará tu nombre en mis labios. Voy a luchar por mi patria. Si al volver tú eres libre, serás el premio de mi vida.»

...y la misiva no llegó a su destino.



Ana, llamada por María a su palacio, no pudo recibir la carta. El marqués de Rosicler, hombre confiado, viendo un sobre dirigido a su esposa, no conociendo el secreto de su cuñada, toma por amante de su compañera feal quien era enamorado de María.

Julio de Rosicler quedó azorado ante la nueva que él creía cierta. Estalló el orgullo de la nobleza. Pensó que no podía abrazar a los que tal vez llevaban sangre de bastardía. No podía querer a los que felizmente ostentaban la gloriosa cicatriz de los Rosicler.

Cuando Ana y Julio, los pequeños, fueren a abrazarle, el marqués sólo tenía para ellos miradas de odio y desprecio...

...En tanto, en el viejo castillo murió Montemar, y Ana, la inocente cuñada, consolaba a su hermana diciéndole que la muerte la libertaba del sacrificio. ¡Cuán ajeta estaba que su hogar, por culpa de otra, se desharía!

Y así fué.

Rosicler ya quiso olvidar, quiso borrar el rastro del crimen imaginario. No teniendo valor para dar muerte a los que él creía hijos de amores adúlteros, hizo que su fiel criado entregase a Julio y Ana a dos desalmados. Alifás y Siracusa, dos ciudadanos de la gitanería andante que conocían las artes de raterías y los caminos para burlar la ley. Julio y Ana, inocentes vivían en la compañía de los gitanos, donde olvidarían el brillo de su nombre.

Para completar su venganza, Rosicler abandonó su palacio y dejó a su esposa una carta. Decía así:

«Ana. No sobras más de mí. Olvida el nombre de tus hijos. No los volverás a ver. Acójate en brazos de tu amigo Alvaro de Valdés. Piensa que la mujer que manchó el nombre de Rosicler merece maldición eterna. Y abrumado, fué camino del olvido.

Pasado el luto riguroso en el castillo de Montomar, Ana regresó a su palacio, que era un nido deshecho. Soledad, frío, silencio; tales eran sus moradores. No había en sus salones risas de niños. Nadie respondía a sus voces de madre. Y Ana, víctima de culpa ajena, comprendió cuál era la ruta de su triste calvario.

Y lloraba por Julio, el hijo perdido, a quien Alifás y Siracusa encerraron en un hospicio de lejana ciudad.

Y lloraba por Ana, la pequeña que fué adiestrada a pedir limosna en la puerta de los templos y que aprendió a marcar las danzas de gitanería para ganarse el pan en las plazas de los poblados.

Ana, más niña, pronto olvidó el recuerdo de sus padres. Creyó que su infancia había sido un sueño... Pero Julio, mayorcito, en el silencio del hospicio, vivía ensimismado, no acertando a comprender la tragedia de su vida.

El deber llevó a otro héroe de la historia lejos de la ciudad española donde la acción dió comienzo... Alvaro de Valdés, al frente de sus soldados, fué a Melilla.

¡Melilla!... Atravesamos el estrecho para ver la costa africana, regada con sangre de hombres, lágrimas de mujeres... Y vemos que sobre el heroico sacrificio de la vida de sus hijos, la patria ha levantado la civilización europea de una ciudad.



Alvaro de Valdés, en plena costa africana, dirige el penoso desembarco de las tropas. Más tarde, recibe la visita de los moros fieles de la policía indígena, moros cuyos rostros muestran el fiero carácter de la indómita raza. En el campamento, bajo el sol inclemente, levantaron las tropas las blancas tiendas de campaña, donde se deslizaban alegremente las horas de la vida marcial.

Cierto día, la policía indígena, siempre en acecho de los rebeldes, maniobrando hacia la costa y hacia la montaña, advirtió la presencia de grupos enemigos. Pronto se dispusieron las baterías de largo alcance, que protegieron los movimientos de la columna exploradora de «Alvaro de Valdés».

Y se puso en marcha la artillería ligera. Y se aprovisionaron las trincheras avanzadas. Lejos, entre chumberas y olivares, estallaban las gradadas españolas, llevando la muerte a los «pacos» traidores. La columna

avanzaba... Llegó el momento de la lucha cuerpo a cuerpo, cuando el arma blanca decide la suerte de las batallas... El triunfo era de las tropas españolas... Pero, en el retorcido corazón de una chumbera centenaria, un moro atalayaba al capitán Alvaro. Cuando lo tuvo a su alcance, disparó su fusil y Alvaro cayó entre los suyos...

Fueron días de congoja... El capitán, en su lecho donde luchaba con la muerte, llamaba a Marta... Pudo más su afán de vivir, su naturaleza, y volvió al lado de sus soldados... Cuando la grave herida fué curada, llegó el premio de su heroísmo. En el campamento, ante las tropas formadas, junto a su bandera, el general gobernador leyó una orden del día confiriendo la cruz de honor y un ascenso en su carrera al que peleó como valiente. Y mientras la emoción surgía de todos los pechos con un aura de patriotismo, Alvaro murmuraba un nombre: Marta.

Y mientras en una vida se escribía una fecha de gloria, allá en la patria seguían su vida de dolor e incertidumbre los héroes de la tragicomedia.



EPOCA SEGUNDA

LA SEMILLA DEL FENÓMENO

Los herederos de Rosieler, Julio y Ana, siguen la ruta de su triste destino. Ana, implorando caridad en la puerta de los templos. Julio, en el hospicio, bajo el nombre de Juan de Dios, piensa en renegar de sus padres que le abandonaron y en abrirse un camino de gloria y de riqueza. A sus manos llegan periódicos taurinos que cantan y loan las hazañas de los toreros, que hablan de jóvenes que supieron abrirse paso en la vida

solamente con coraje y decisión, y, cautivado por tales aventuras, decide emprender la vida incierta de los dioses de las plazas de toros. Cumpliendo el plan que se trazó *in mente*, logra burlar la vigilancia de la hermana Engracia y huye del hospicio. Y va camino adelante... y llega, por fin, a una colina desde donde se domina una ciudad de la costa. Allí, entre las altas chimeneas de los templos del trabajo, él divisa los anillos rojos, las plazas que han de darle fama y fortuna. Y se lanza a la conquista de la ciudad.

Allíás, el gitano que recibió el encargo de alejar de su palacio a los herederos de Rosicler, fué llevado una temporada a un penal, donde había de pagar deudas atrasadas con la Justicia. Pero el hombre, que tenía la costumbre de ser mal pagador, quiso escalar los muros del presidio y recibió un balazo en el pecho que selló sus labios para siempre. ¡El era el único que conocía el origen noble de Julio y Ana! Nadie podría poner a los desventurados en el camino de su regeneración.

Quando el comandante Alvaro de Valdés regresó a España, fué su primera visita para Marta, su primer amor, que al resolver la libertad de su corazón con su viudez, sería el premio de su vida de hucha.

Ana, la dolorida, comunicó al militar la desventura que por su culpa caía sobre ella. Y Alvaro de Valdés, siempre caballero, pensó no casarse con Marta y realizar el sueño de su vida hasta encontrar al marqués de Rosicler y devolver a Ana los hijos por su culpa perdidos.

Pasaron unos años.

Juan de Dios, que no quiso recuperar su nombre, ganaba su pan en un taller, pero no por eso renunciaba a sus ensueños de gloria.

— ¡Como Juan de Dios que me llamo yo os juro ser torero! — decía a sus amigos. — ¡Qué más da morir en la plaza en los cuernos de un toro que aplastado por un volante en el taller! ¡Al menos en la plaza sabe uno el color que tienen las monedas de oro!

Y se prometía un porvenir de gloria regado con su sangre.



Al mismo tiempo que Juan decía estas palabras, lejos de él, en una ciudad costeña, hizo su aparición una tribu de gitanos.

En ella iban la vieja Siracusa y Ana, bautizada gitanamente por Raquel, llamada por las gentes «La gitanilla blanca», porque ni el sol de los caminos, ni las inclemencias de vivir sin albergue pudieron curtir su rostro, blanco, aristocrático.

En un periódico de la ciudad publicaron esta gacetilla:

«*La gitanilla blanca.* — Raza es la de los gitanos que sabe conservar su pureza de rasgos y costumbres. Hoy viven como los describió Cervantes. Cerca de las afueras de... hay una caravana en la que una mujer ha encarnado la narración cervantina de la Gitanilla. Como ella es blanca, discreta y hermosa. Como ella hará vaciar la bolsa a cuantos hombres de la ciudad la escuchen.»

Un campesino que leyó la noticia vió un filón a explotar en la gitanilla.

Y fué al campamento. Y vió a Raquel y quedó prendado de su arte. Y quiso comprar a la mocita; pero los gitanos, con sus artimañas, piensan sacar dinero, mucho dinero, de la gitanilla blanca...

Raquel se consumía entre la gente truhanesca. No era para su espíritu delicado el roce con las gentes toscas y primitivas.

Una noche logró huir de sus compañeros.

En casa del campesino encontró cobijo. Y, también ella, como su hermano, vió un porvenir glorioso en el camino de su arte hasta entonces para ella desconocido... Podría ser la reina de los tablados...

EL CUMPLIMIENTO DE UNA PALABRA

Alvaro de Valdés, recordando la promesa que hizo de encontrar al marqués de Rosicler, no cesó en sus pesquisas.

Un día, en un gran casino donde las gentes olvidan los dolores de su vida junto al hechizo de la mesa de juego, Alvaro pretendió dar sus disculpas al ofendido marqués. Pero éste, convencido de la culpabilidad de Ana, no quiso escuchar una palabra y escupió frases de insulto al que creía había manchado su honra. Alvaro de Valdés, ante la ofensa, se vió obligado a batirse. Antes de acudir al campo del honor, escribió a su amada Marta diciéndole que sabría morir para pagar así la tragedia por su culpa creada. Pero el espíritu de Marta no se resignó a la idea de perder a su amor.

Loca, azorada, fué al lugar del lance.

Y al llegar a él se interpuso entre los combatientes; y dirigiéndose al marqués, le dijo:

— Yo soy la culpable, (marqués de Rosicler!... ¡Mías eran las cartas que tu mujer recibía!... ¡Perdóname el dolor que inconscientemente en tu vida puse!

Y el marqués de Rosicler, entre sollozos, dejando caer su arma al suelo, musitó:

— Yo reconozco que Alvaro es un caballero. Pagué mi pecado. Para adquirir el perdón de Ana, a la que ofendí injustamente, no me presentaré ante ella hasta que haya recuperado mis hijos, los trozos de nuestra alma perdidos por mi culpa.



EPOCA TERCERA

LA VOZ DE LA SANGRE

ANA de Rosicler, no pudiendo resistir el dolor de saber de sus hijos perdidos, murió... El marqués, atormentado por el nuevo lance trágico, sigue la ruta incierta de los sin hogar, millonarios sin amor que dejan tras de sus pasos una huella de escepticismo. Sus hijos, los que para él no aparecían, seguían en su ruta de arlequines de seda y oro. Julio, el llamado

Juan de Dios, entre sus amigos; los maletas «El Hechuras» y «El Suspiro», va de capea en capea y se lanza a la plaza un día que, en plenas fiestas de Semana Santa, en Sevilla, muestran su arte el Gallo, el Gallito, Belmonte y Gaona. Juan de Dios, ante el Gallo, que realiza una de sus faenas que han de quedar como páginas maestras en la historia artística del toreo español, aprende los divinos secretos. Y, tras de la lucha de todos los principiantes, llegó a torear...

Raquel, la hermana de Juan de Dios, también llegó a la cumbre. Ante su reja siempre estaba *El Trianero*, torero famoso que quedó encantado ante los ojos de la gitana blanca.

Raquel y Juan son los dos héroes del día. Juan de Dios, recordando su origen, da su primera corrida en beneficio de sus hermanos, los chicos del hospicio. En el tendido vemos a los asilados que aplauden al que va a darles pan, dinero, una corrida extraordinaria. Entusiasmados le sacan en hombros y lo llevan hasta el patio del asilo, donde espera la hermana Engracia.

— Madre mía — dice Juan de Dios cayendo de rodillas ante la monja —, acepte lo que hoy he ganado para mis hermanillos. Yo sólo recuerdo unos ojos maternales que me miraron amorosos: los de usted, madre Engracia... Y, vosotros, hermanillos míos, amadla siempre. En su pecho tiene un amor para todos los que no supieron lo que son besos de madre. Y, en el sublime crepúsculo, lloran todos los pequeños y el torero llora también...

Es en una ciudad del norte donde toda la riqueza de España se manifiesta en una fiesta espléndida en alegre y fastuoso veraneo. Juan de Dios va a tomar la alternativa. Raquel va a figurar en la fiesta española de la mantilla blanca... Juan de Dios... Raquel... y la suerte une a los dos priequines. Tienen la misma historia. No tuvieron padres... Y se aman... Y *El Trianero* comprende que su nombre ha sido borrado del corazón de la cantadora...

Pero los labios de los que se quieren no llegan a unirse. Más que el amor que nace, puede en ellos mutuo respeto... Y se adoran calladamente...

El marqués de Rosicler, que paseaba su vida amarga por todos los lugares de vicio y alegría, fué presentado a Juan de Dios. No pudieron reconocerse. Ambos llevaban nombre falso. El tiempo había borrado todos los recuerdos... Pero al marqués le fué simpático el torerillo. Fué su amigo, su compañero...



Llegó el día señalado para la alternativa de «Juan de Dios». ¡Tarde de sol y de toros! La gente voca por las calles y en los cafés: ¡Juan de Dios, el fenómeno, va a brindar un toro a Raquel, su novia! ¡Y le va a dar la alternativa *El Trianero*, el antiguo enamorado de la artista!... Y todos son comentarios para la fiesta, que ha de ser sangrienta... La plaza de toros, llena de gente, era un solo corazón que latía ante las emociones de la fiesta. Entre diestros de fama aparece Juan de Dios en el ruedo. Todos aplauden al hospiciano, pero para él no hay más público que ella, Raquel, su gitaniña blanca. Él era el ídolo, el dios, como una llama de fuego que jugaba con el toro.

Cuando llegó el momento de la alternativa, *El Trianero*, en el centro de la plaza le dijo:

—Juanillo. Yo te quiero bien. Tú me has quitado un amor, pero en este

momento, de verdad yo te juro que no te odio. A tu lado me tienes. ¡Buena suerte!

Juan, ante el toro, hizo lo que puede hacer un hombre valiente. ¡¡¡Había brindado su turno a ella!!!

Y los cuernos rozaban los alamares de su chaquetilla. Y él respondía con sonrisas a los aplausos de emoción...

Más la suerte no le fué propicio en el momento de emoción.

Quando se echó a matar fué alcanzado por los cuernos poderosos de la fiera y quedó como un pelele, un muñeco roto, una estatua vencida, imanchando la arena con su sangre de arlequín!

Junto al lecho de la enfermería, donde fué llevado Juan de Dios, el marqués de Rosicler procuraba animar a su amigo.

—¡Ella!... ¡Mi Raquel!... ¡Quiero verla!—murmuraba el herido ahogado por la sangre.

...Y aquel momento solemne fué el elegido por el destino para la revelación.

El torero, junto a la herida sangrienta del pecho, mostraba una cicatriz tatuada. Era la heroica cicatriz que, al nacer, marcaban a todos los herederos de Rosicler!

El marqués, anonadado, sollozante, a todos decía la misma

—¿Y tu hermana?— pregunta al torero.—También como tú llevabas esa cicatriz en el cuello. ¡También, como tú, fué perdida por mi culpa!

Y Raquel, que también estaba junto al herido, al ver que en su cuello tenía una cicatriz igual, comprendió la causa de la voz secreta que le impedía besar al torero...

Ante los dos arlequines, el marqués cayó de rodillas:

—¡Perdón!... ¡Amigos, hijos míos!... ¡Yo he de emplear mi vida en salvar la vuestra!



EPILOGO

PASÓ el tiempo... En los jardines de Rosicler, el ex torero Juan recobró la salud. Frente a él, su padre le contemplaba con ojos amorosos. Ambos leen un periódico. Un artículo dice:

«*Los arlequines de seda y oro.*—Llegó el fin de una historia. Juan de Dios, vuelto a la salud, abandona su vida de arte para vivir en el retiro de su palacio paterno... Su hermana Raquel, la gitanilla blanca, deja su traje de cupletista y... se casa. Otro arlequín les hará compañía en el retiro: *El Trianero.*»

La lectura es cortada por un beso. Por la vereda del jardín vienen Ana y *El Trianero*. El antiguo amor volvió a renacer...

El padre, bondadoso, les dice a los enamorados:

—Tuya es, *Trianero*, si me juras vivir en tu cortijo, lejos de flechas de sangre.

Y Julio de Rosicler, dando la mano al antiguo camarada, le dice:

—A quererla, *Trianero*. Tú me diste la alternativa en la plaza y me juraste amistad; ahora yo te correspondo con un abrazo de hermano.

Y así, camino de la dicha serena, terminó el capítulo trágico de la vida de los arlequines de seda y oro.

Argumentos publicados a 0'25 ptas.

EL MONTE DE TIRESKO; protagonista,

Antonio Moreno.

LA PRUEBA DE HIERR(); protagonista,

Antonio Moreno.

LA FORTUNA FATAL; protagonista,

Elena Holmes.

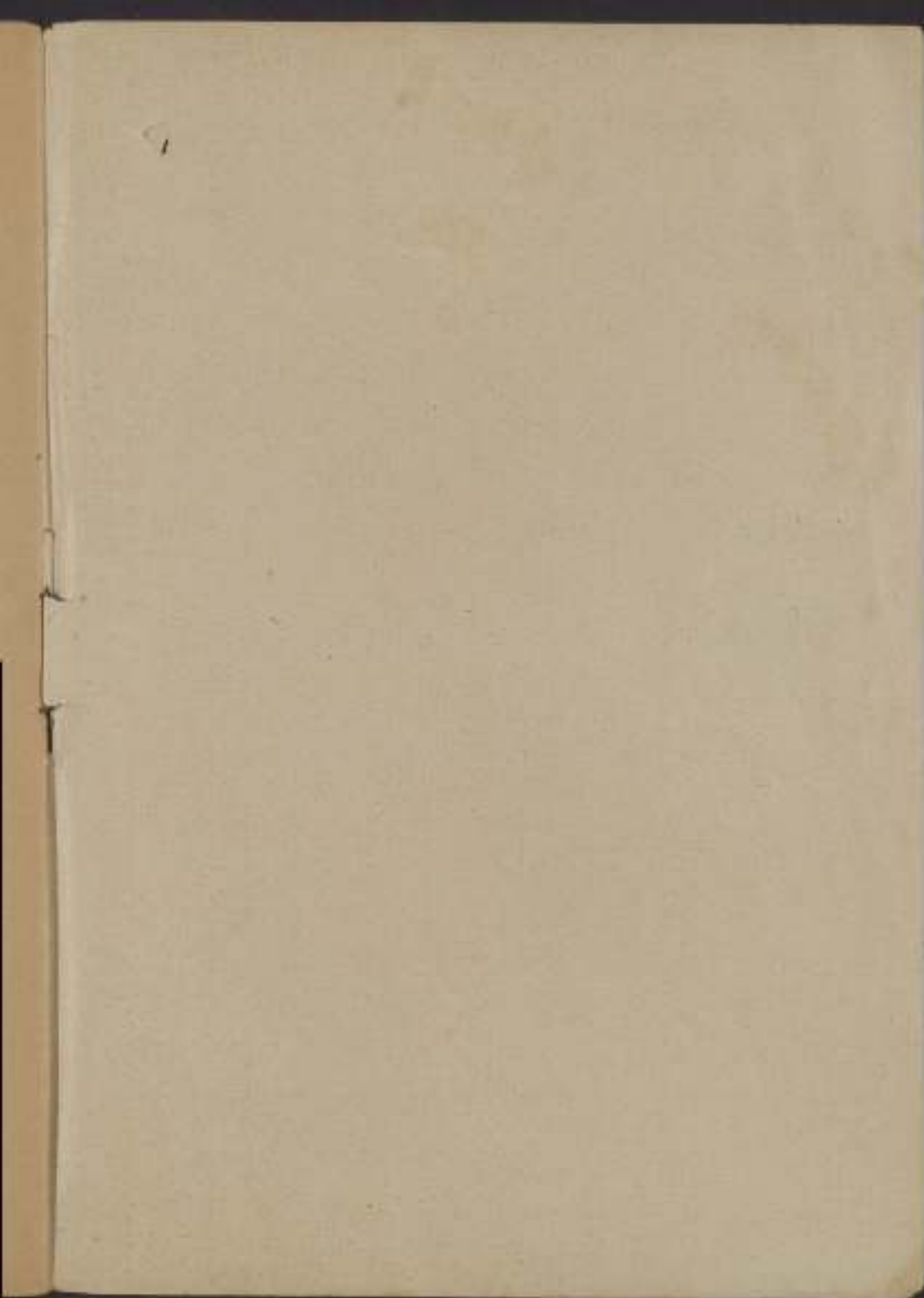
EL MILLON DE RECOMPENSA; protagonista,

Lillian Walker.

LA GOLONDRINA DE ACERO; protagonista,

Madlle Pierson.

Los pedidos, dirijanse al administrador
D. Francisco Granada - Rosellón, 224 - Barcelona.



EN PRENSA

El diario de una niña

protagonista

MARGARITA CLARK